

Edición 1.210
15 de mayo
de 2014

Campus



Universidad de
La Sabana

ISSN 2256-2397

Especial de la Dirección de Docencia

Feliz Día profesores

Profesor: "Tus ideales, tus sueños personales, laborales, académicos, los de tu familia, los de tus alumnos, ah y ¡los de Dios para ti! no se oponen nunca si se saben alinear y gobernar con prudencia".

Obdulio Velásquez Posada, rector

*Tomado de: Discurso de apertura del año académico 2014.



Adriana Patricia Guzmán de Reyes
Decana
Facultad de Comunicación
Universidad de La Sabana

Sí... se llama Maestro

Cuando me propusieron escribir algo grato, aportante y a la vez simpático, sobre el Día del Profesor, me dediqué a hacer un inventario de todas esas personas que en estos años me han llevado a aprender mucho o poco en la vida. Y como en los concursos más reconocidos de la televisión, pensé en quién sí se llama maestro. Y eliminé a varios en primera ronda, y luego, otros quedaron en riesgo; les di una segunda oportunidad, pero al final, a pesar de sus mejores galas, también salieron. Quedaron los que siempre llegan al final. Pero en realidad, creo que todos siempre dejan huella. El maestro siempre deja huella.

Y en todo ese proceso, pensé en sus métodos, en sus materiales didácticos, en sus ayudas audiovisuales, en las lecturas que me asignaron, en las tareas que me dejaron, en los títulos que obtuvieron, en la forma en que me calificaron, en la manera como me trataron y ante todo, en lo que realmente me dejaron.

Y al final, pensé que es muy ambicioso hablar del perfil de un “maestro”, de un

“profesor”, que encierre todo lo que debe ser, pero también pensé que podría armar un perfil, con todo aquello que tuvieron los finalistas de mi concurso.

Hace un año, una de las primeras intervenciones que le escuché al Papa Francisco fue justamente ante la plenaria de la Congregación para la Doctrina Católica, en donde recuerdo que resaltaba cómo “educar es un acto de amor, es dar vida”.

Y hoy, mientras construía el perfil, pensé en el **amor** que me dio mi primera maestra. No medía más de 1.50 centímetros, vestía de blanco todos los días (claro, era monja), tenía muchos años y estoy segura que no tenía ni maestría, ni doctorado (hoy no tener algo de esto casi es impensable) pero tenía un corazón grande y rojo, rojo como los puntos que ponía arriba y debajo de cada página de lectura que íbamos aprendiendo a deletrear. Me enseñó quizá el asunto más útil para la vida: leer. Y me lo enseñó a los 5 años, sin trauma, ni regaño, sin amenaza ni tormento. Solo con el cariño y la bondad de

hacerme ver que al mirar unas letras juntas y hacerlas sonar, podía entender el mundo.

Y seguí con el perfil. Muchos dicen que ser maestro incluye **pasión**. Y sí, es fundamental no solo para enseñar sino para aprender, pues el maestro enseña todos los días pero aprende todos los días. Y pensé en mis profesores apasionados: el de Español de séptimo grado, que logró hacerme escribir una crónica de doce páginas sobre las vacaciones, mientras que mis compañeras no salían de la primera cuartilla; la de Ciencias de noveno, que me hizo reflexionar tantas veces en que el milagro de la vida merecía ser estudiado y a la fecha nunca descarté la opción de estudiar Medicina; en mi profesor de Español de todo el bachillerato que en últimas, fue el gran culpable de mi profesión. Nos ponía a hacer reseñas del Dominical de *El Tiempo*. Al menos una para cada lunes. Yo hacía al menos tres. Nos vendía tan bien la idea de hacerlo que su pasión se volvía la mía cada fin de semana. Un maestro contagia inevitablemente y despierta el gusto por el

saber. Opinable, claro, porque tuve profesores apasionadísimos de las Matemáticas que a mí poco me contagiaron, pero lo lograron con quienes tuvieron su sensibilidad y fueron afines con el mundo del número.

Y terminé: además de dar amor y tener pasión, el profesor debe ser **generoso**. En todo el sentido de la palabra: con su tiempo, con lo que sabe, con lo que piensa, con lo que vive, con lo que espera, con lo que se siente, con lo que sueña. Y aquí podría mencionar no solo un número amplio de profesores que me dieron mucho de ello, sino a cientos de personas que fungen hoy como maestros y que hacen tanto por los jóvenes, los niños, los adultos de este país que buscan aprender para enfrentar mejor la sociedad.

A todos ellos, muchas gracias. Muchas gracias a todos aquellos que llamamos Maestros.

Misterio y embrujo de la docencia



Dra. María García Amilburu
Profesora Titular de Filosofía de la Educación
Facultad de Educación. UNED. Madrid

Entre las características más notables que diferencian al ser humano del resto de los seres con los que compartimos el planeta está, sin duda, nuestra imprevisibilidad, que los biólogos la justifican por la plasticidad biológica de nuestra especie. La antropología interpreta esta plasticidad como correlato adecuado de nuestra condición personal: somos criaturas inteligentes y libres, y por lo tanto nuestra existencia es una sorpresa. Dios ha previsto que seamos los protagonistas de nuestra propia biografía, y nadie nos puede sustituir en esa tarea.

Por eso resulta tan difícil entender las motivaciones últimas del ser humano. ¿Por qué alguien decide hacer esto en vez de lo otro, orientarse hacia una dirección y no hacia la contraria? Y, más concretamente, ¿qué motiva que una persona elija su profesión? No hay una respuesta para estos interrogantes: las cualidades personales, la situación histórica, la educación recibida, los encuentros con determinadas personas y la influencia que estas ejercen, las experiencias pasadas, las ilusiones futuras..., todo influye en la decisión que —en un momento o en otro, o varias veces a lo largo de nuestra vida— debemos tomar en relación con lo que queremos hacer con el resto de nuestros días.

Yo no sé por qué otras personas se dedican a su profesión. Yo solo puedo exponer —y muy pobremente, porque hay cosas que *no se explican*: “el corazón tiene razones que la razón no entiende” (Pascal)— por

qué yo me dedico a esta apasionante y agotadora tarea que es la docencia.

Yo quería ser médico... hasta que escuché una conferencia de D. Tomás Alvira sobre la profesión docente. De manera sencilla y apasionante a un tiempo, expuso la trascendencia de la tarea de un profesor, trabajo que él ejercía desde muy joven. Aquella sesión dinamitó todas mis “seguridades” profesionales, y me hizo entrar en crisis.

Antes de escucharle nunca había pensado en la posibilidad de dedicarme a la enseñanza; es más, pensaba que los profesores debían estar poco locos, porque todo docente ha sido antes alumno y sabe lo que es “obsequiar” a los profesores con bromas, burlas, rebeldías, motes, desplantes... Además, el “cuerpo a cuerpo” con los estudiantes es una tarea ardua, que “quema” mucho y con frecuencia resulta ingrata; incluso —sobre todo en algunos ambientes y a ciertas edades— puede constituir un peligro para la integridad física y la salud mental del profesor. Y por si esto no fuera suficiente, no siempre es fácil desconectar de las aulas y sus problemas, y siempre hay que llevarse parte del trabajo a casa: corregir ejercicios y exámenes, preparar las clases, investigar...

¿Cómo puede desear este trabajo alguien en su sano juicio? ¿Cómo es posible querer dedicarse a esto?

Pues bien, llevo varias décadas dedicada a la docencia universitaria y no quiero dedicarme a ninguna otra tarea —aunque he

tenido oportunidades para “desertar”, en las que me ofrecían más ventajas económicas y un mayor brillo social—. Entonces... ¡debo estar algo loca! Quizá... pero no me considero un ejemplar único en mi especie, sino que pienso que a muchos de mis colegas les sucede lo mismo, y padecen también esta bendita locura.

Nosotros, los profesores, deseamos asumir la responsabilidad de una actividad que, por su propia naturaleza, se presta más que ninguna otra a dejar una huella benéfica y permanente en el espíritu humano. Nos cautiva la idea de colaborar con nuestros alumnos para que ellos —cada uno— puedan libremente escribir su propia biografía apoyándose en los conocimientos y la experiencia que generosamente ponemos a su servicio. Y nos sentimos muy agradecidos porque ellos nos exigen dar lo mejor de nosotros mismos, nos permiten seguir profundizando en un área del saber que nos interesa, porque aprendemos muchas cosas con ellos y porque nos conservan jóvenes de espíritu al mantenernos en contacto con esa etapa de la vida en la que todo se estrena y es el momento de los grandes ideales.

Por estas y por muchas otras cosas, doy gracias a Dios y a mis alumnos por dedicarme a la docencia.



Universidad de
La Sabana

Dirección General

Comisión de Comunicación Institucional

Directora de Publicación

Cristina Macías Echavarría

Editora General

María Patricia Jiménez Cotes

Coordinación Editorial

Nathaly Salamanca Chivatá

Corrección de Estilo

Camilo Ernesto Navarrete

Tatiana Buitrago

Contenido

Líderes de Comunicación Unisabana

Dirección de Comunicación Institucional

Fotografía

María del Carmen Guarín

Líderes de Comunicación Unisabana

Archivo Universidad de La Sabana

Diseño, diagramación e impresión:

Hipertexto Ltda.

www.hipertexto.com.co

Campus, periódico de la Universidad de La Sabana

Campus del Puente del Común,
km 7, Autopista Norte de Bogotá, Chia,
Cundinamarca, Colombia
Teléfonos: 861 5555 – 861 6666

CAMPUS COPYRIGHT © 2014
UNIVERSIDAD DE LA SABANA

Prohibida su reproducción total o parcial,
así como su traducción a cualquier idioma
sin autorización escrita de su titular.
Todos los derechos reservados.



Ana María Ternent de Samper
Profesora
Departamento de Lenguas y Culturas Extranjeras

“Una educación reflexiva y poderosa nunca es sencilla. Requiere cuidado, atención, energía y compromiso.”
(Perkins, 2009)

En el cambiante mundo contemporáneo, la educación y, por ende, los maestros tienen una tarea vital para responder a los retos de la sociedad actual y del futuro de manera productiva y ética. Nuestra sociedad necesita un tipo de educación que conlleve a la reflexión; a un aprendizaje duradero, profundo, capaz de generar cambios; al trabajo en equipo; a la conformación de comunidades de aprendizaje; y a la formación de personas comprometidas que vean la importancia de realizar trabajos de calidad y desarrollar un liderazgo de servicio. Howard Gardner advierte que “más allá, el mundo del futuro —con sus motores de búsqueda omnipresentes, robots y otros aparatos computacionales— demandará capacidades que hasta ahora habían sido meramente opciones. Para enfrentar este nuevo mundo, debemos empezar a cultivar esas capacidades desde ahora.” (Gardner, 2008, p. 2)

“Una de las características centrales de la nueva ciencia del aprendizaje es su énfasis en el aprendizaje con comprensión. (...) Sin embargo, las investigaciones también demuestran claramente que el “conocimiento útil” no es lo mismo que una simple lista

de hechos inconexos. El conocimiento de los expertos está conectado y organizado alrededor de conceptos importantes (por ejemplo, la segunda ley de Newton); está “condicionada” para especificar los contextos en los cuales es aplicable; apoya la comprensión y la transferencia (a otros contextos) en vez de solamente la habilidad de recordar.” (National Research Council, 2000, p. 9)

Indudablemente, las transformaciones que se requieren en educación dependen, de manera muy significativa, de las acciones de los maestros. Múltiples investigaciones demuestran el efecto que estos tienen sobre sus estudiantes. “Independientemente de la perspectiva de investigación, es claro que los maestros efectivos tienen una influencia profunda sobre el desempeño de los estudiantes y los maestros no efectivos no lo hacen. De hecho, los maestros poco efectivos pueden impedir el aprendizaje de sus estudiantes.” (Marzano, 2003, p.75). Los afectan a nivel grupal e individual, en su aprendizaje y en su forma de relacionarse con los demás y con el entorno. De hecho, su influencia tiene alcances insospechados: “Nuevas ideas sobre formas de facilitar el aprendizaje —y sobre quién es más capaz de aprender— pueden afectar de manera poderosa la calidad de vida de las personas.” (National Research Council, 2000, p.5)

“Id y enseñad”

Los maestros son el impulso que lleva a la concreción las propuestas educativas. Es por esto que han de ser personas y profesionales excepcionales, pues sin ellos, no podrían existir dichas propuestas. Ellos deben ser propiciadores, pues son quienes pueden impulsar a sus estudiantes a ser y hacer más. Tienen el conocimiento y la experiencia que les permite propiciar la formación de otros.

¿Cuál es entonces el sentido de ser maestro? Nuestros estudiantes. Walt Whitman escribió en 1900 un extenso y bello texto que puede ilustrarnos esta sencilla respuesta:

*“Había un niño que salía cada día;
Y el primer objeto que veía, en él se convertía,
Y ese objeto se convertía en parte de él por un día o por parte de ese día,
O por muchos años; o ciclos de años, cada vez más largos.
Y las primeras lilas, se convirtieron en parte de ese niño,
Y el pasto y los dondiegos rojos y blancos, y el carretón rojo y blanco y la canción del aguador (...)
Y las plantas de agua con sus cabezas planas tan agraciadas, todo se convertía en parte de él.
Sus propios padres, el que lo había engendrado y la que lo había concebido en su vientre y dado a luz,*

Le dieron a este niño más de ellos que eso; Le dieron después el cada día; se convirtieron en parte de él. (...)

Las costumbres familiares, el lenguaje, la compañía, los muebles, el corazón colmado, lleno de aspiraciones. (...)

Las olas apresuradas, agolpadas, con sus crestas rompiendo, pegando,

El color estratificado de las nubes, la línea roja, solitaria, lejana, la pureza quieta en la cual se extiende,

El borde del horizonte, el águila marina que vuela, la fragancia del pantano salado y el lodo de la orilla.

Estos se convirtieron en parte de ese niño que salía cada día y que siempre saldrá, todos los días”.

Que una nueva conmemoración del Día del Maestro nos recuerde la enorme responsabilidad que tenemos como educadores para que continuemos empeñados, a pesar de las dificultades diarias, en ser algo importante en lo cual se convertirán esos niños, jóvenes y profesionales que salen cada día y acuden a nuestras aulas en busca de mucho más que instrucción, frecuentemente sin siquiera ser conscientes de ello. Así, realmente, podremos responder a ese llamado vital, profundo que nos hace el Gran Maestro, Jesús: “Id y enseñad”.



Jairo Valderrama V.
Profesor
Facultad de Comunicación

“El trabajo del maestro no consiste tanto en enseñar todo lo aprendible, como en producir en el alumno amor y estima por el conocimiento”. John Locke (1632-1704) Filósofo inglés.

Es muy probable (casi seguro) que un estudiante desconozca el tema de una clase, pero puede identificar, con alto grado de certeza, la ignorancia de su profesor sobre este. La mirada extraviada, los titubeos, el desplazamiento abrupto de un lado a otro, las contracciones de los músculos del rostro son algunos de los indicios que delatan ese estado de confusión y dejan en evidencia ese traspie en el discurso. La experiencia permite leer con gran detalle los códigos gestuales y sentir la evasión en una respuesta, sobre todo cuando son tantos los rostros y el doble de ojos y oídos los que se centran en las palabras impartidas en una clase.

Nadie sabe todo de todo. De ahí que las especializaciones en el conocimiento permitan ordenar los saberes de acuerdo con los talentos de cada persona. La investigación constante y la permanente reflexión concretan la más sólida base para orientar las actividades en un aula, y la intención por tratar un asunto particular debe respaldarse siempre en la documentación previa y profunda. Como los destacados deportistas, debemos entrenarnos cada día; conservamos nuestra condición de profesores aun los fines de semana y los días de vacaciones.

Cada idea en clase es una semilla para la tierra fértil del entendimiento

“Profe, ayúdeme”

Evocar las épocas de estudiante regular ayuda bastante a intuir las circunstancias posibles que muchos de ellos afrontan: ¿Se habrán desvelado?, ¿los problemas familiares impedirían que su rendimiento sea el adecuado?, ¿padecerán de timidez o de hiperactividad?, ¿la ludopatía futbolística los tendrá prisioneros?, ¿ignoran la existencia de los eslabones invisibles que los esclavizan al Black Berry?, ¿estarán padeciendo el abandono del primer amor?

Frente a ese auditorio programado de aprendices, cuántas alegrías y tristezas pasamos por alto, cuántos sueños alentamos y cuántas ilusiones derrumbamos. Estamos impedidos para evaluar a los seres humanos, puesto que padecemos también de defectos, y los errores siempre nos escucharán. Apenas logramos evaluar las demostraciones (a veces, ocultas) de algunas competencias acerca de una minúscula proporción de mundo. A nadie puede calificársele de manera sentenciosa solo a partir de muestras tan ínfimas; podemos calificar unas pruebas (que incluyen algunas actitudes), no a la gente.

Y es precisamente esa experiencia durante muchos años en las aulas, siendo estudiantes, la que facilita nuestras deducciones acerca de los comportamientos recurrentes de nuestros discípulos. Por los días en que concluye otro periodo académico, la caja de pañuelos desechables se agota en nuestros escritorios, mientras los ruegos y las lamentaciones se mezclan con la suma de los pro-

medios, y se alberga la esperanza de que dos más dos, algún día, resulte ser cinco.

“Profe, yo quería hablar con usted (y uno se pregunta: ¿por qué ya no querrá?)”. Pero, al parecer, sí quiere, porque continúa su intervención con la mirada fija en el suelo y una humedad extraña que no quiere escapar de los ojos. Es la última semana de exámenes y, como cachorro acosado por la conciencia, expone su drama: “Profe, lo que pasa es que de las trece fallas de clase este semestre... pues solo la mitad valen, porque las otras veces hubo trancón en la Autopista”. Sí, pero parece que en la Autopista del Sur, en la Argentina.

Y sigue: “Entonces, pues yo sé que le debo los cuatro “cuises” del primer corte, y que el segundo, pues, no pude presentarlo, porque ese día, preciso, tuve que acompañar al médico a una prima de la amiga de una compañera del esposo de una señora que estudió con mi hermana cuando estaban en primaria. Ese es un motivo de salud, ¿cierto? Sin embargo, pues, es muy difícil traerle una excusa... Y, profe, pues, usted ya sabe: esta es la sexta vez que curso esta materia, a pesar de que yo me he esforzado, y mi papá ya está preocupándose, y él piensa que está derrochando la plata... pero yo le prometo...”.

Cuánto talento hay escondido en cada persona, y parece que la situaciones extremas y definitivas obligan a manifestar ese caudal de destrezas. Entonces, mientras las dotes de contador de historias míticas salen

a relucir en toda su extensión de la boca de este surrealista, pensamos en que muchas de esas afirmaciones son ciertas: como sea, debe ir a un médico; es muy difícil hallar una excusa; el papá está derrochando, desde hace mucho tiempo, el dinero...

Y se piensa en las primeras ofertas del semestre: la atención personalizada para explicar otra vez los temas de clase (porque él se ausentó), la recomendación de bibliografía adicional (que nunca leyó), la revisión de los talleres (que jamás desarrolló), las correcciones preliminares (que ni siquiera consultó), las instrucciones cuidadosas que se impartieron (mientras enviaba mensajes de texto), la investigación oportuna (de la cual no supo que existía).

Ese fabulista etéreo, avanzando en su discurso y descubriendo que nadie es más recursivo que los hombres ante la tragedia propia e inevitable, ruega ante su salvador. La distorsión de las nociones del mundo (es un mitómano) se convierte en su última alternativa, y el cambio de los significados en el lenguaje se pinta como su treta más ingeniosa:

“¡Profe, ayúdeme!” / “Por supuesto: te espero el próximo semestre en clase. Con vuestro permiso”.

En el Día del Maestro

Unas palabras para una fecha especial



Mariano Lozano Ramírez
Profesor
Facultad de Filosofía y Ciencias Humanas
Departamento de Lingüística, Literatura y Filología

Un día como hoy, 15 de mayo, cuando evocamos la proclamación de San Juan Bautista de la Salle como patrono de los educadores, por parte del Papa Pío XII (15 de mayo de 1950), recordamos con inmensa gratitud a todos aquellos maestros, catedráticos o docentes que nos guiaron por el camino de la luz y la verdad pos del conocimiento a lo largo de las distintas etapas de nuestra formación académica, básica, secundaria, pregrado y postgrado y que su presencia o ausencia vive en cada uno de nosotros.

Hoy, de cada una de esas etapas, recordamos con inmenso regocijo a nuestros educadores, a aquellos que con tanto acierto, dedicación, amor y bondad nos llevaron de la mano para saborear las mieles del éxito académico que en buena hora disfrutamos. Traemos a nuestra memoria los profesores comprometidos, exigentes, éticos y laboriosos que, con su ejemplo y sabias enseñanzas, construyeron nuestra identidad profesional.

“Todo tiempo pasado fue mejor” reza el viejo y popular adagio que en esta ocasión se manifiesta, seguramente, en cada

uno de nosotros y retrotrae a la memoria el conjunto de vivencias compartidas con los profesores y los compañeros estudiantes (de grado y de pupitre), quienes hicieron que ese trascendental paso por las aulas fuera un lapso lleno de mucha alegría y de esperanza.

Así pues, este día no puede ser un día cualquiera, ni un día más en nuestras vidas, ni menos un día para recordar a los maestros transitorios que olvidamos con facilidad o a los inolvidables, a los que tenemos en el álbum imborrable de los recuerdos, por la huella que dejaron en nosotros; es y debe ser un día especial por todo lo que significa desde la educación, la pedagogía y la didáctica esta noble tarea de enseñar.

Ya lo decía Paulo Freire, en su libro *Cartas a quien pretende enseñar* “la tarea del docente, que es también aprendiz, es placentera y a la vez exigente. Exige seriedad, preparación científica, emocional y afectiva. Es una tarea que requiere de quien se compromete con ella, un gusto especial por querer bien, no solo a los otros sino al propio proceso que ello implica. Es impos-

sible enseñar sin ese coraje de querer bien, sin la valentía de los que insisten mil veces antes de desistir. Es imposible enseñar sin la capacidad forjada, inventada, bien cuidada de amor...” Por lo tanto, la tarea de enseñar no solo debe estar fincada en el contenido programático del área del saber que se imparte; debe estar, además, acompañada del cuerpo y del alma de quien realiza esa tarea, es decir, de un alto sentido de responsabilidad, compromiso, respeto por el otro y amor por lo que hace dentro y fuera del aula de clase, idea que se concreta en la máxima “no es mejor maestro el que sabe más, sino el que enseña con dedicación y amor a sus alumnos”, este es quien deja huella y logra el cambio en ellos y se perpetúa como ejemplo en sus vidas, es el maestro de grata recordación, por su conocimiento y la forma de enseñar.

Ahora bien, para terminar, si recogemos la idea de San Juan Pablo II, en su carta encíclica *Novo Millennio Ineunte* “Hay que recordar con gratitud el pasado, vivir con pasión el presente y abrimos con confianza

al futuro”, podemos pensar, en relación con nuestros maestros, que todos ellos merecen nuestra inmensa gratitud. Los de ayer (los nuestros), los de hoy (los de ustedes los jóvenes que ahora se forman) y los del mañana (las futuras generaciones de profesionales), alumnos y docentes que continuarán esta hermosa labor con la que contribuirán poderosa y positivamente en la formación de los jóvenes que desde la academia, la familia y la sociedad, necesita la Colombia que queremos, para vivir en la anhelada y, a veces, esquiva paz.

Huelga decir que este texto va con cariño, respeto y admiración para todos los que se desempeñan en instituciones y centros de enseñanza académica y aún para nuestros padres que, con amor desde los hogares, desarrollan esta difícil tarea, compromiso de todos, educar al otro y en especial a nuestros hijos.

Feliz día profesor de la Universidad de La Sabana y de los centros académicos donde hoy se ejerce esta bella tarea de enseñar.

Así nos vemos, así nos ven:

Profesores Planta



Diana María Gómez Hoyos
Profesora Facultad de Derecho

“Ser profesor: una de las manifestaciones más genuinas de la donación, porque implica dar de sí, transmitir conocimientos, guiar al educando para que él sea un artífice de su propio aprendizaje, motivar, inculcar valores, ser un ejemplo de vida. Pero sobre todo, entender que del estudiante también se aprende y que no hay nada más satisfactorio para un auténtico profesor, que su discípulo lo supere, pues ello significa sin lugar a dudas, que hizo bien la labor”.



Ruth Yolanda Ruiz
Profesora Facultad de Ingeniería

“Ser profesora en la Universidad de La Sabana ha significado para mí tener un compromiso diario con el trabajo bien hecho, es una labor de altísimo impacto en la sociedad y creo que la Universidad lo tiene muy claro ya que apoya a sus profesores para que esta labor se realice de la mejor manera posible. He encontrado en este trabajo recompensas que jamás había imaginado, como la felicidad de ver a mis estudiantes convertirse en profesionales y ejercer la ingeniería de manera exitosa o una sencilla sonrisa cuando logran entender un tema”.

Profesores Hora Cátedra

Sandra Rocío Rocha Narváez
Profesora Instituto de La Familia

“Todo proceso de aprendizaje se favorece según el entorno en el que se desarrolla, por eso, hacer parte de la comunidad académica de la Universidad de La Sabana representa un gran privilegio porque, su ambiente físico, su cultura organizacional y principalmente su riqueza humana, nos hacen sentir como “en casa”, espacio de formación por excelencia. La Universidad me ha permitido disfrutar mi vocación docente de manera apasionada. Parabienes a todos mis compañeros profesores y gratitud eterna a quienes han sido mis maestros”.



Juan Gabriel Castro Parada
Profesor Facultad de Comunicación

“En estos 9 años como profesor catedrático de la Universidad de La Sabana, me he desarrollado integralmente como persona y como profesional en un espacio que me ha proporcionado las herramientas necesarias para transmitir mis conocimientos a los alumnos de una manera lúdica y transversal, a la vanguardia de la “imagen”, experiencia que me ha aportado grandes satisfacciones y logros como profesor y fotógrafo”.



**Ángela Marcela
Baquero Pérez**

Profesora Facultad de Educación

“Ser profesor en la Universidad de La Sabana significa formar personas con sentido cristiano de la vida, difundir el saber superior y cultivar el conocimiento científico, estar comprometido con la gestión de conocimiento que aporte a la sociedad y finalmente, perfeccionarse a través de la investigación y los planes de formación humanística y pedagógica que ofrece la Universidad”.

**Profesores Cátedra Tiempo****Juan Pablo
Marín Correa**Profesor Escuela Internacional
de Ciencias Económicas y
Administrativas

“Yo creo que asumir la responsabilidad como profesor en una institución como la Universidad de La Sabana implica no solo tener un buen conocimiento de la materia a orientar, es estar en continua exploración e investigación de nuevos enfoques, técnicas e integración de ciencias. Esto debe estar enmarcado en el contexto del ser humano, poniendo en práctica en todo momento valores, lo que somos como persona, y eso hace que la labor docente sea más fructífera dado que un buen aprendizaje para la vida y para la profesión se da desde el ejemplo a seguir: “El profesor te enseña y del maestro aprendes”. Para mí el Día del Profesor es un reconocimiento a la labor docente que se destaca y nos retribuye en la satisfacción experimentada cuando los alumnos aprenden, ponen en práctica los conocimientos adquiridos y sobresalen en el mundo con su calidad humana y con su calidad profesional”.

**Andrés
Lizcano González**
Profesor Escuela Internacional
de Ciencias Económicas y
Administrativas

“Ser profesor en la Universidad de La Sabana, es una de las experiencias más enriquecedoras que he podido tener en el transcurso de mi vida profesional. Es la más noble de las tareas, en la que intervienen el conocimiento, la vocación, la pasión y la constancia, procurando entregar lo mejor de mí para la formación de profesionales y personas de bien, para construir una sociedad cada vez más justa e incluyente”.

**Estudiantes****Daniela del Gallego
Bustamante**Estudiante de doble programa:
Ingeniería Química
Producción Agroindustrial

“Educar es permitirle a cada hombre liberal su genio singular” (Oliver Rebol), porque tal vez no hay una misión más difícil que formar el criterio y el conocimiento de un ser humano, pues, si bien cada uno ha diseñado su propio estilo de marcar las vidas de sus estudiantes, es claro que gran parte de la vida de quienes hoy ocupamos las aulas ha sido transformada por las palabras a tiempo, las acciones precisas, el conocimiento y la dedicación de un maestro con Sello Sabana. A todos ellos, eternas gratitudes”.

**Carlos Enrique
Gutiérrez Rojas**
Estudiante doble programa:
Administración de Empresas
Economía y Finanzas
Internacionales

“La Universidad de La Sabana es ante todo una comunidad de personas, basada principalmente en la gestión y el trabajo de todo su equipo de profesores. Gracias a ellos, después de 35 años, la Universidad es reconocida por su excelente educación y formación basada en los principios y valores cristianos. Por eso hoy, un día tan especial, recordamos su labor y su gran aporte a nuestras vidas, a nuestra formación; y de parte de toda la comunidad estudiantil queremos darle las gracias a todos nuestros profesores”.

**Andrea
Quintero Carrillo**
Estudiante Facultad
de Psicología

“En el día de hoy solo resta decir gracias a todas aquellas personas quienes día a día tienen la mejor intención de compartir sabiduría sin esperar nada a cambio más que agradecimiento y sed de conocimiento. El profesor de la Universidad de La Sabana más que un docente es un ser íntegro quien se caracteriza por centrarse en el crecimiento personal del estudiante y formar mejores personas para el futuro”.

**Marynel
Durán Rocha**
Estudiante de Administración de
Instituciones de Servicio

“Los profesores de la Universidad de La Sabana son el capital principal para que los estudiantes logremos nuestra meta de ser excelentes profesionales, sin ellos y su dedicación no tendríamos la misma inspiración y motivación para ser los mejores en los diferentes campos que nos apasionan. Quiero agradecerles por compartir su conocimiento y experiencia con nosotros y hacernos reflexionar sobre nuestro impacto en el ámbito laboral y en la sociedad en general”.



“Tarea específica de la Universidad es la búsqueda de la verdad, que exige en el científico un trabajo tenaz; trabajo que se extiende a todas las ramas del saber. Por eso es una comunidad de saberes, pero no limitada a esta tarea, porque en la Universidad los investigadores son también maestros, o si se prefiere, los profesores son también investigadores. Sin esas dos facetas no existe la Universidad”

Monseñor Álvaro del Portillo

“San Josemaría y la Universidad”